

sicion de poder estar bien instruido, existe aún un testimonio más concluyente que todos los demás, y es el del mismo Perez que confesó sus amores con la princesa de Eboli, y su rivalidad con Felipe II, cuando se refugió á principios del año 1583 en la corte de Enrique IV.

Así, mientras que Felipe II, incitado por Perez, mandaba el asesinato de Escovedo creyendo obedecer á la razon de Estado, Perez seguia, al contrario, el impulso de su odio y de sus temores, haciéndose dar la competente autorizacion para matar á un antiguo amigo que podia perderle con el rey. Si no hubiese tenido otro motivo para apresurar la muerte de Escovedo, mas que los proyectos un poco vagos, ó más bien extravagantes, que se le atribuian, es verosímil que hubiera procedido con menos resolucion y encarnizamiento. Con profunda astucia engañó á Escovedo vendiendo sus secretos al rey, y engañó al rey pintándole á Escovedo como hombre que merecia la muerte por sus peligrosos designios.

II.

Relacion del asesinato de Escovedo.—Diligencia entablada por su familia contra Perez.—Vacilacion de Felipe II.—Desgracia y prision de Perez.—Caída de su partido y formacion del ministerio Granvelle.

El proyecto pues de hacer morir á Escovedo fué originado menos de los temores que inspiraba á

Felipe II la indiscreta audacia del secretario de don Juan, que los deseos de venganza de Antonio Perez y de la princesa de Eboli, irritados por sus reproches y alarmados por sus indiscreciones. En efecto, Escovedo instaba con ahinco al rey católico que enviase tropas y dinero á su hermano, cuya posicion era falsa y peligrosa en los Países Bajos; vituperaba el sistema de suavidad y transaccion recientemente adoptado con los flamencos, sistema que, segun él, solo podia conducir á la consagracion de la revuelta, y á la propagacion de la herejía; sostenia que no se conseguiria someter los Países Bajos, ni gobernarlos, sin el empleo de la fuerza; empeñábase en que se apoderasen de las provincias marítimas de la Holanda y Zelanda, que eran las más indóciles y terribles, y cuya ocupacion seria á su modo de ver más difícil que la misma conquista de Inglaterra; y tenia frecuentes conversaciones con Felipe II, en las que le hablaba siempre abiertamente de la invasion proyectada á aquel país, proyecto que tanto ansiaba realizar el duque su señor, subordinando siempre su ejecucion á la quietud de los Países Bajos. Con esta mira, sin duda, habia propuesto que se fortificase en las costas de Vizcaya un puerto que pudiese servir de lugar de salida, de abrigo y de refresco á los buques destinados más tarde á su expedicion contra la Inglaterra. Concíbese perfectamente que dirigiese semejante proposicion un hombre emprendedor, pero sensato como Escove-

do, cuyas cartas en general atestiguan mucha perspicacia y privacion, al paso que no es dable comprender la intencion rebelde y extravagante que le supone Perez de haber querido asegurar la posesion de la roca de Magro á don Juan, para desde allá hacerse dueño de España, despues de haber invadido la Inglaterra.

Mucho distaban los designios reales de Escovedo de los que se le atribuian: agitábase, pero no conspiraba. Mas la desconfianza conduce á la credulidad, y no hay persona más fácil de engañar que un príncipe suspicaz. Así es que el astuto Perez consiguió fácilmente poner en duda la fidelidad de su antiguo amigo. Por otra parte, el ardor inquieto de Escovedo, la importunidad de sus exigencias, sus deseos ambiciosos, eran ya de sí muy propios para turbar la real tranquilidad de Felipe II. Este príncipe, que se agotó él mismo en sus empresas impracticables, durante los últimos quince años de su vida, no sabia discernir en los demás, lo que era realmente de temer, de lo que solo era quimérico. Supuso á Escovedo peligroso, porque lo vió exigente, y encontró útil á sus intereses libertarse de él. Dió pues á Perez la orden de hacerle matar.

Pareceria sobremanera extraño que un rey diese semejante orden, á no tener presentes las costumbres y teoría de aquel siglo violento, en el que los asesinatos estaban á la orden del día. La muerte era el último argumento de las creencias, el medio

extremo, pero frecuentemente empleado por los partidos, por los reyes y por los súbditos. Pero no se contentaban con matar, sino que creian tener derecho á ello. Ciertos casuistas atribuian este derecho, unos á los príncipes, otros á los pueblos. Hé aquí lo que el hermano Diego de Chaves, confesor de Felipe II, escribia sobre la muerte de Escovedo: «Y para esto le advierto segun lo que yo entiendo de las leyes, que el Príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos, y vassallos, como se la puede quitar por justa causa, y por juyzio formado, lo puede hazer sin el, teniendo testigos, pues la orden en lo de mas, y tela de los juyzios es nada por sus leyes: en las cuales el mismo puede dispensar; y cuando el tenga alguna culpa en proceder sin orden, no la tiene el vassallo, que por su mandato matasse á otro, que tambien fuere vassallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume, que la ay en todas las acciones del Príncipe supremo; y si no ay culpa, no puede haver pena, ni castigo.»

Al paso que admitian estas sorprendentes máximas, el rey y su ministro recurrieron sin embargo á medios secretos para deshacerse de Escovedo. Perez no consiguió su fin tan pronto como él supone. Al principio tuvieron mal éxito muchas de las tentativas que se hicieron. Perez intentó envenenar á Escovedo en su propia mesa, antes de hacerle atacar, de noche, en las calles de Madrid

por unos sicarios que le mataron á algunos pasos de su casa. Hé aquí como Antonio Enriquez, paje de Perez, cuenta las fases y ejecucion de este complot, en el que tomó parte muy principal:

«Estando un dia mano sobre mano en el aposento de Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez, el citado Diego me preguntó si conocia alguna persona de mi país que quisiese dar un naranjazo; añadió que habria ganancia en ello, que se pagaria bien, y que aun cuando el golpe causase la muerte nada importaria. Respondí que pondria el negocio á un muletero conocido mio, como en efecto así lo hice, y el muletero se convino. Algunos dias despues, Diego Martinez me dió á entender con razones un poco confusas que seria preciso matar al individuo de que se tenia hablado, que era persona de importancia, y que Antonio Perez lo aprobaria; oyendo lo cual, le dije que no era aquel negocio que se pudiera confiar á un muletero, sino á personas *de mas partes*. Entonces Diego Martinez añadió que la persona que se habia de matar venia á menudo á comer á casa, y que si se podia poner alguna cosa en su comida ó bebida, era preciso hacerlo, por ser el medio mejor, mas seguro y mas secreto. Resolvióse pues tentar este camino sin demora.

«Entretanto, tuve ocasion de ir á Murcia. Antes de partir hablé de ello á Martinez, que me dijo encontraria en aquel país ciertas yerbas muy á propósito para lo que queriamos y me dió una lis-

ta de las que debia procurarme. Busquelas en efecto, y las envié á Martinez, que se habia provista de un boticario mandado á buscar á Molinos de Aragon. En mi cuarto fué donde dicho boticario, ayudado de Martinez, destiló el jugo de estas yerbas. En seguida para hacer la prueba, se le hizo tragar á un gallo, una porcion de él, pero no produjo efecto alguno, y se encontró no servir de nada lo que de aquel modo se habia preparado. Despidióse entónces al boticario para su país pagado de su trabajo.

«Pasados algunos dias, díjome Martinez que tenia en su poder cierta agua buena para dar á beber, añadiendo que el secretario Perez solo queria fiarse de mí, y que en convite que el amo habia de dar en el campo, no tendria más que hacer que echar de aquella agua á Escovedo, que estaria entre los convidados, y para quien se habian ensayado ya las experiencias precedentes. Contestéle que si mi amo no me lo mandaba, no queria meterme en matar á nadie. Entónces el secretario Perez me llamó un dia al campo, y me dijo que le importaba que Escovedo muriese, que estuviese prevenido para darle la bebida en cuestion el dia del convite, y que para la ejecucion me viese y concertase con Martinez, dándome palabra y ofrecimiento de servirme en todas mis cosas.

«Fuíme muy contento, y acordamos con Martinez las medidas que debian tomarse. La orden que se dió para la comida fué: que al entrar en la casa

por el pasadizo de las caballerizas, que están en el centro, y penetrando en la primera sala se colocasen dos aparadores, uno de los cuales era para el servicio de los platos y otro para el de los vasos, desde donde debía llevarse de beber á los convidados. Desde dicha sala se pasaba, volviendo á la izquierda, á la en que se habian puesto las mesas de la comida, y cuyas ventanas daban al campo. Entre la pieza en que se habia de comer, y la que habian destinado para los aparadores, habia otra cuadra que servia de antesala ó pasadizo. Habíame encargado tuviese cuidado de que, mientras durase la comida, siempre que el secretario Escovedo pidiese de beber, fuese yo quien se lo llevase. Tuve así ocasion de verificarlo dos veces, echando en su vino el agua envenenada, en el momento en que atravesaba la antesala, en cantidad igual á la que podria contener una cáscara de nuez, segun la órden que se me habia dado. Concluida la comida, fuese el secretario Escovedo, los demás se quedaron jugando, y el secretario Antonio Perez salió por un momento, y vino á buscarnos al mayordomo y á mí, á uno de los aposentos que daban al patio, en donde le dimos cuenta de la cantidad de agua que se habia echado en el vaso del secretario Escovedo, despues de lo cual se volvió á jugar; supose luego que la bebida no produjo ningun efecto.

«Luego de trascurridos algunos dias de este mal éxito, el secretario Antonio Perez dió otra comida

en la casa llamada de Cordon, perteneciente al conde de Puñon-Rostro, á la que asistieron el secretario Escovedo, doña Juana Coello, mujer de Perez, y otros varios convidados. Sirviose á cada uno de ellos una escudilla de natas ó leche; y en la de Escovedo se habian echado unos polvos como de harina. Dile tambien yo vino mezclado con el agua de la comida anterior. Esta vez surtió mejor efecto, porque el secretario Escovedo estuvo muy enfermo, sin acertar con la causa. Durante su enfermedad hallé medio de que uno de mis amigos, hijo del capitán Juan Rubio, gobernador del principado de Melfu, y antiguo mayordomo de Perez, cuyo hijo despues de haber sido paje de doña Juana Coello, era marmiton de las cocinas del rey, trabase amistad con el cocinero del secretario Escovedo, á quien iba á ver todas las mañanas. Y como preparasen para el enfermo una olla aparte, dicho marmiton, aprovechando un momento en que no era visto, echó en ella un dedal de ciertos polvos, que Diego Martinez le habia dado; habiendo comido el secretario Escovedo de ella, hallaron que tenia veneno, por lo cual prendieron á una esclava de Escovedo, que sin duda era la que tenia á su cargo el aderezar los manjares, y así se sospechó que ella lo habia hecho, y por este solo indicio la ahorcaron en la plaza de Madrid sin culpa.

«Habiéndose librado el secretario Escovedo de todas estas tramas, Antonio Perez se decidió á tomar otro partido, y fué que le matáramos una

noche de un pistoletazo, puñalada ó estoca la, y esto sin pérdida de tiempo. Marché pues á mi país para buscar á un íntimo amigo mio y un verdugillo de hoja muy delgada, arma más apropósito para matar á un hombre que un cachorrillo. Partí en posta, y me dieron letras de cambio de Lorenzo Spínola de Génova para cobrar en Barcelona cierto dinero, que efectivamente recibí en llegando allí."

Aquí cuenta Enrique que hizo entrar en el complot á uno de sus hermanos, llamado Miguel Bosque, á quien prometió cierta cantidad de dinero y el favor de Perez; que llegaron á Madrid el mismo dia que ahorcaban á la esclava de Escovedo; que durante su ausencia, Diego Martinez habia hecho venir de Aragon con el mismo objeto, dos hombres decididos, llamados el uno Juan de Mesa y el otro Insausti; que al dia siguiente de su llegada, Diego Martinez los habia reunido á los cuatro, como tambien al marmiton Juan Rubio, en los afueras de Madrid para convenirse en los medios y momento del asesinato; que habian estado acordes acerca este particular, y que Diego Martinez les habia proporcionado una espada larga y acanalada hasta la punta para matar á Escovedo, y ademas á todos de dagas; por fin, que Antonio Perez habia ido durante este tiempo á pasar la semana Santa á Alcalá, con el intento sin duda de desviar las sospechas que pudieran recaer sobre él, cuando se supiese la muerte de Escovedo. Luego Antonio Enriquez añade:

"Quedó convenido que cada noche nos reuniáramos en la plazuela de San Jaime, desde donde nos iríamos á poner en acecho en el paraje por donde el secretario Escovedo debia pasar, lo cual se ejecutó así. Insausti, Juan Rubio y Miguel Bosque debian esperarle, Diego Martinez, Juan de Mesa y yo pasearnos por los alrededores, para el caso en que tuviésemos que ayudarles en el asesinato. El lunes de pascua, 31 de marzo, dia en que fue cometido aquel, Juan de Mesa y yo tardamos algo mas de lo acostumbrado en reunirnos en el lugar convenido; de manera que cuando llegamos á la plaza de San Jaime, los otros cuatro se habian ya marchado para hacer centinela en el paraje por donde debia pasar el secretario Escovedo. Cuando estábamos rondando por allí Juan de Mesa y yo, nos vino de aquel lado el rumor de que habian asesinado á Escovedo. Entonces nos retiramos á nuestras casas. Al entrar en la mia encontré á Miguel Bosque en armilla, pues que habia perdido su capa, y Juan de Mesa encontró igualmente en su puerta á Insausti; que habia tambien perdido la suya, y á quien introdujo en su morada de oculto."

Insausti era el que habia herido á Escovedo matándole de un solo golpe con el estoque que le habia entregado Martinez, y que Juan de Mesa y él echaron entonces en el pozo de la casa en que vivian. En la misma noche Juan Rubio se trasladó á Alcalá para instruir á Perez de lo ocurrido,

el cual sabiendo que no habian prendido á nadie, se alegró mucho. Los asesinos fueron alejados de Madrid apresuradamente y recompensados con largueza. Miguel Bosque recibió cien escudos de oro por mano de Fernando Escobar, clérigo de la casa de Antonio Perez, y se volió á su país. Juan de Mesa, Antonio Enriquez, Juan Rubio é Insausti partieron para Aragon, dirigiéndose á Babiera y de allí á Zaragoza. Juan de Mesa recibió en recompensa una cadena de oro, cincuenta doblones de á ocho ó cuatrocientos escudos de oro y una taza de plata fina. La princesa de Eboli le dió por escrito un nombramiento de empleado de la administracion de su hacienda. Diego Martinez dió á los otros tres un despacho de alférez con veinte escudos de oro de sueldo. Teniendo en su poder estos diplomas firmados por Felipe II y Perez en 19 de abril de 1578, diez y nueve dias despues de la muerte de Escovedo, los asesinos se dispersaron para trasladarse cada uno á su destino. Juan Rubio pasó á Milan, Antonio Enriquez, á Nápoles, é Insausti á Sicilia; burlando así las pesquisas que pudiera hacer la infortunada familia de Escovedo, á quien debian faltar de este modo medios de conseguir la venganza de su muerte.

Por lo demás, no se equivocó aquella en sus sospechas sobre quien era el verdadero culpable. A pesar de las precauciones de que se habia rodeado Perez, la viuda é hijos de Escovedo le acu-

saron y pidieron justicia al rey. De concierto con la opinion de las personas que se hallaban en mejor posicion para formar conjeturas exactas, opinion que debia luego generalizarse entre todo el mundo, hicieron recaer la culpa del asesinato en Perez y la princesa de Eboli. Felipe II concedió una audiencia á Pedro Escovedo, escuchó con atencion de interés sus quejas contra los asesinos de su padre, recibió de su mano los memoriales y pedimentos en que la familia de Escovedo los denunciaba, y prometió entregarlos á los tribunales si habia lugar á ello. Aun cuando no le desagradase á este príncipe ver que las sospechas recaian sobre otro, temia sin embargo el ruido y escándalo de un procedimiento en que hubiera podido verse envuelto. Encontrábase pues muy embarazado entre las reclamaciones de los Escovedos y el peligro de Perez, entre sus deberes como rey, y sus intereses como cómplice; tanto mas, cuanto que la familia de Escovedo halló protectores muy poderosos entre las personas que le rodeaban. El principal fué Mateo Vazquez, uno de los secretarios de su gabinete, enemigo encubierto de Perez, envidioso de su extremado poder, y que temia tanto menos atacar atrevidamente á ese favorito detestado, cuanto que creia haber encontrado la ocasion de perderle. Unióse á Pedro de Belandi, á Pedro Negrete y á Diego Nuñez de Toledo, que aconsejaban y dirigian á los Escovedo en sus dili-